

In Memoriam (Jesús Hernández Perera)

FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL

Cuando las páginas de este número de *Anales de Historia del Arte de la Universidad Complutense* estaban a punto de entrar en máquinas, nos sacudió violentamente la triste noticia del fallecimiento del profesor Hernández Perera, el querido maestro al que todos, compañeros, amigos y discípulos, siempre acostubrábamos a denominar sencilla y cariñosamente como «Don Jesús». ¡Qué bello sentido tiene en nuestra lengua ese vocablo, el «Don», que, además de permitir la expresión de un sentimiento casi reverencial, parece acortar a un tiempo las distancias respecto de un superior en edad, categoría y merecimientos!

Hacía todavía poco tiempo que el profesor Hernández Perera había dejado de ejercer su siempre fecundo magisterio en las aulas universitarias, primero de manera un tanto limitada como consecuencia de una absurda disposición administrativa que transformó en Emérito a quien, como numerario, tanto lo había «merecido»; después, paulatinamente de forma ya casi total a causa de una grave enfermedad que, en su última fase, le provocó un sufrimiento tan cruel como injusto para una persona que había sido espejo de bondad en lo humano.

Todavía con la garganta acongojada por el dolor y bien presente aún en la retina la yacente imagen postrera de su cuerpo sin vida, he de dar rápido cumplimiento a un encargo que nunca hubiera deseado tener que acometer porque es muy duro recordar al excelente compañero y, sobre todo, al buen amigo que se ha ido a continuar ejerciendo, sin duda, su profesión en las aulas celestiales.

Para ello me atrevo a recrear unos párrafos de la presentación que hace sólo cuatro años tuve el honor de redactar en el grueso volumen de homenaje que le fue dedicado por sus compañeros y amigos y que tengo la certeza de que le produjeron gran satisfacción, sin duda alguna porque eran la modesta antesala de todas aquellas aportaciones que le embargaron de felicidad.

Me atrevía yo entonces a escribir que la inabarcable personalidad del profesor Hernández Perera podía condensarse en los bellos términos «humanismo y «humanidad». El primero le venía como anillo al dedo porque Don Jesús era un fecundo

cultivador de las Ciencias Humanas y así lo avalaba su excelente colecta de excelentes libros, todos de gran rigor científico; ensayos, críticas o breves artículos, a la que había que sumar más de medio centenar de tesis doctorales, un centenar y medio de memorias de licenciatura, decenas de conferencias y un largo etcétera de actividades académicas, entre las que no fueron menos destacadas aquellas que había desarrollado como Decano, Vicerrector y Rector en su querida universidad de La Laguna y luego como Director de Departamento en la Complutense de Madrid.

Precisamente, es oportuno recordar que dentro de esa vertiente humanística el profesor Hernández Perera prestó gran atención al aspecto editorial, consciente de que la investigación desarrollada en las aulas universitarias debería tener sus propios vehículos de difusión. En ese sentido supo aprovechar su amplia experiencia previa como secretario durante varios años de las revistas *Archivo Español de Arte y Goya* y trabajó con denuedo para que los Departamentos de Historia del Arte de la Universidad Complutense tuvieran su propia revista. Primero, consiguió que saliese a la luz *Tekné*, de efímera duración por complejos problemas burocrático-editoriales y de cuyo consejo de redacción fue precisamente el primer presidente; más tarde, alentó desde la tramoya la aparición de estos *Anales de Historia del Arte*, cuya dirección rehusó porque ya estaba a punto de padecer el ilógico varapalo de la interrupción anticipada de su excelente actividad docente.

Pero, por encima de esa luminosa faceta de humanista —tan íntimamente relacionada con su prolongada actividad docente en torno a materias vinculadas con el mundo del Renacimiento—, Don Jesús poseyó una profunda humanidad, que no dejó de manifestar día a día ante compañeros y alumnos a través de su talante cordial, de su fácil palabra, siempre tan precisa como melódica; y, sobre todo, de su trato pleno de afabilidad y dotado como pocos para imponer la cordialidad y con ello facilitar la convivencia en todos aquellos ambientes con los que mantenía alguna relación. Y eso fue posible también en no poca medida merced a su inteligente capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, a las nuevas circunstancias, en lugar de permanecer anclado en un próximo pasado que el inexorable devenir del tiempo va convirtiendo cada vez en algo más lejano.

Ojalá que su ejemplo humanístico y humano nos sirva siempre de norte tanto en los diarios avatares académicos como también en cuantos pueda depararnos la vida, esa otra asignatura en la que el profesor Hernández Perera, Don Jesús, fue también uno de los mejores maestros.